



ÁNGEL ZÚÑIGA, «Victoria. Estreno de *Galatea*, de José María de Sagarra», a *La Vanguardia*, 19-XII-1948.

Galatea es la obra más ambiciosa de José María de Sagarra. Se evade del estrecho localismo en que van a morir las representaciones indígenas, para abordar un tema de alcances universales. El autor trata de escudriñar en el alma europea, herida por los últimos disparos bélicos. Agrupa una serie de personajes de última extracción moral y los deja flotar en la corriente de sus deseos: corchos a la deriva en el proceloso mar de los acontecimientos. Intentan ser representativos de una sociedad en bancarrota. A simple vista esto podría parecer excesivo dada la índole social de los personajes. Enseguida vemos que no lo es tanto al comprobar que están hechos de la misma urdimbre humana que los demás: con sus sueños y sus realidades. Su palpitación los acerca a nosotros. Sus problemas, el clima angustioso en que viven están en el mismo aire de la época. Víctimas de un mundo en disolución o, mejor, víctima el mundo de la disolución de las gentes, el autor los enfoca desde un punto de vista moral. Esto es indiscutible. No sólo por la inutilidad de la transformación social de

Galatea, que sólo roza a su uniforme, y también por las consecuencias finales, tal vez demasiado obscuro su simbolismo, sino por la viveza con que viene representada esa sociedad, caótica, falsamente intelectual, «snob» y adoradora de los becerros de oro. La cosa esta clara en el primer cuadro del acto tercero, situado en uno de esos cafés de París que todos conocemos. Dicho cuadro es, a la vez, el más acertado de la obra con diálogos muy vivos y una ironía continua, teñida de pesimismo, entre gentes de la más tierna hornada.

Si hemos asegurado que *Galatea* era la obra más ambiciosa de José María de Sagarra, también debemos advertir que es la más lograda hasta la fecha. No estará escrita en verso, pero tampoco es fácilmente rural; con lo que algo salimos ganando. Digamos, también, que no es obra para el Paralelo. Esto resulta tan evidente que en los días normales de representación es muy problemático su resultado ante un público que no sabemos cómo reaccionará. En la forma, *Galatea* recurre a procedimientos —lo menos nuevo— de un lejano teatro de vanguardia o, si se empeñan, experimental (todo teatro es siempre un experimento). El tono de farsa con que en muchos

instantes maneja el autor a sus muñecos, puede llegar a desorientar si no se pesca, de inmediato, en el río revuelto de la pieza; si no se caza, al vuelo, su intención. Además el señor Sagarra todavía no ha dado con el secreto de las situaciones teatrales, dentro del convencionalismo escénico: tal vez, por eso, le queden algo frías, desentonadas a veces, sin fuerza, como así puede verse en los finales de acto, en que pone muy en evidencia a los intérpretes. Y, por supuesto, en el primero, en su totalidad el menos conseguido, aunque se advierta la intención expositiva para crear el clima moral en que deberán aclimatarse los personajes. Lo cierto es que la obra crece en interés a partir del acto segundo. Cuanto en ella sucede alcanza el tono representativo del momento. El teatro siempre ensancha sus dimensiones si es un espejo —cóncavo o convexo— de las costumbres. En el diálogo no faltan bellezas ni, tratándose del señor Sagarra, intemperancias. Esta vez, las últimas vienen, a mi modo de ver, más justificadas por la atmósfera enrarecida en que transcurre la pieza. Tampoco los personajes son, que conste, unas ursulinas. Sin embargo, el señor Sagarra no debe olvidar que el arte tiene unas normas de decoro que no debe traspasar un autor de talento.



En la interpretación, destacó la naturalidad expresiva, la fuerza de contención, el aplomo de Mercedes Nicolau. A su lado, Pablo Garsaball tuvo a su cargo los momentos más difíciles y la recitación más peligrosa. El resto, sin una adecuada dirección escénica, puso su buena voluntad. Ya está bien, como bien estuvieron los decorados. Hemos dicho que la obra no es fácil de ejecución ni siquiera es para todos los públicos. O si no, al tiempo, José María de Sagarra pareció reconocerlo así cuando, obligado por los cordiales aplausos, agradeció la atención con que se le había escuchado.